



Robert Duvall en una escena de APOCALIPSE NOW.

DOS PERSONAJES DE ROBERTO BOLAÑO

Conocí a Raúl Valero durante la carrera de Filología Hispánica. Por aquel entonces ya tenía cierto aire a retrato de El Greco. El rostro alargado y romboidal, los pómulos prominentes, la mirada algo perdida, casi inexpressiva, un costurón debajo de la nariz, marca de veterano de guerra, y una frente amplia y despejada que anunciaba una alopecia prematura, de profundas entradas, como la del enigmático protagonista del cuadro El caballero de la mano en el pecho.

Su forma de vestir era prácticamente idéntica a la que estila hoy en día. Un atuendo sencillo e informal, compuesto por unos jeans desgastados, una camiseta básica Levi's, unas deportivas resistentes, de esas que dicen que la calle es mía, y una mochila más propia de un excursionista que de un estudiante, como si estuviera preparado para partir en cualquier momento y todo lo que necesitase en esta vida cupiese en un macuto.

Raúl Valero era de los que aplicaba su forma de andar por el mundo al periplo académico. Pocas veces escogía los caminos trillados, eligiendo casi siempre las rutas aparentemente peligrosas, pero que en el fondo resultaban ser los mejores atajos. Un buen ejemplo residía en los exámenes de literatura, divididos en la mayoría de las veces entre un par de preguntas a elegir una. Mientras el grueso del alumnado optaba por la parte teórica, que exigía un conocimiento enciclopédico del temario; una inmensa minoría, entre los que figuraba Valero, se decantaba por el análisis literario, en realidad mucho más práctico y directo, pues se podía responder hojeando las cuatro o cinco obras obligatorias, lecturas en el peor de los casos notables y entretenidas.

Solo por esta osadía el aprobado estaba garantizado. Algún que otro profesor me dijo que en un país de gregarios la figura del explorador solitario que se adentra en territorios ignotos sin tener en cuenta los peligros que hay detrás debe ser cuidada como una especie en extinción. Tras muchos años de idas y venidas, a Raúl Valero y a mí nos une una amistad errante, un compadreo algo abstracto cimentado a base de intervalos, de paréntesis de espacio y tiempo debido a sus exilios voluntarios a lo largo y ancho de este mundo y mi insilio doméstico y resignado.

Hay temporadas en las que nos vemos semana sí y otra también; otras en cambio podemos estar meses sin saber el uno del otro. Luego, los reencuentros se producen en los lugares más insospechados, casi sin previo aviso, retomando la conversación donde la dejamos, como si el tiempo y la distancia no hubiesen mellado, como si en un episodio novelesco y metaliterario juntases al Ojo Silva de Putas asesinas y Amadeo Salvatierra de Los detectives salvajes, a un freelancer extraño y cercano y a un juntaletras borracho y ulcerado.

Es en la ciudad donde parecemos auténticos personajes de Roberto Bolaño. El casco viejo es nuestro Mississippi, y los callejones en forma de laberintos, los afluentes urbanos. Vamos de aquí para allá sin rumbo fijo, río arriba, río abajo, en un interminable y esperpéntico viaje que nos lleva al final de la noche. El corazón de las tinieblas se compone de un álbum de fotos peregrinas, de imágenes evanescentes de antros que destilan leyenda y mitología, con seres oníricos desfigurados, sin rostro, como sombras goyescas que solo irradian algo de luz en pleno trance al infinito. Si el olor a Napalm es el olor a la victoria, tal y como decía Robert Duvall en *Apocalypse Now*, el aroma a marihuana es el de la libertad y la expiación. La melodía de *Cold Cold Ground* convierte la realidad en un territorio de fuga del que se debe huir para buscar la soledad y el anonimato.

El día comienza a dar sus primeros pasos. La noche se deshace a jirones entre diálogos sobre libros y literatos. Al fondo ya solo se ve una silueta que contempla un horizonte marítimo salvaje y tormentoso. Es un trapecista sobre un cable pelado. Hasta la próxima amigo.

IGNACIO ALTED



El pintor Pau Lau ha fallecido a los 75 años

LAS CUATRO PES

La semana pasada una triste noticia enlutaba la sección de cultura de los periódicos locales. La necrológica atravesaba el corazón de los amantes de la pintura y el arte en general tras conocerse el fallecimiento de Pau Lau. Alicante, y sobre todo el municipio de Villena, se quedaba sin uno de sus artistas referentes, sin uno de esos intelectuales brillantes que armonizaba sin ambages y sin complejos biografía y obra.

Pau Lau fallecía a los setenta y cinco años dejando como legado una producción pictórica repleta de calidad y rebeldía. Especialmente duros y reveladores fueron sus últimos años de vida, cuando este pintor antiacadémico y maldito padeció una enfermedad que lo dejó prácticamente ciego. A pesar de esta contrariedad, letal para un pintor, Pau Lau firmó muchas de sus mejores pinturas sin ver casi nada. La obscuridad le iba envolviendo, sin embargo sus cuadros no dejaban de proyectar color y sensualidad. Esta paradoja le emparentaba sin proponérselo con otro artista genial, Ludwig van Beethoven, quien seguía componiendo magistrales sinfonías después de quedarse sordo. La imaginación no entiende de barreras.

Una de las últimas apariciones de Pau Lau se produjo en el Mubag, allá por el mes de febrero. Para la

ocasión el Museo de Bellas Artes organizó una ponencia sobre el cuadro El desnudo. El encargado de diseccionar la obra fue el catedrático de Literatura Prieto de Paula. El acto tuvo ecos de aquel pasaje de la novela Abel Sánchez de Miguel de Unamuno. Al final el discurso del cuadro se convirtió en el cuadro del discurso. Un silencio espeso inundó el salón de la conferencia durante cuarenta y cinco minutos. Aquello fue algo así como una experiencia sinestésica. El público podía escuchar el primitivismo cromático de Pau Lau gracias a la retórica precisa y amena que dibujaba Prieto de Paula. Al fin y al cabo, como bien dijo el maestro, la pintura de Pau Lau recuerda sobremanera a los poemas terminales de Walt Whitman, en el sentido que quien aprecia una de sus pinturas puede percibir también al hombre que las crea.

Con esta analogía Prieto de Paula quiso hacer ver que Pau Lau era un artista ejemplar, es decir que su vida iba íntimamente ligada a su arte. Sus cuadros son una prolongación de la forma que tenía de entender la realidad. Una mirada inquieta, aventurera, díscola con las reglas y los convencionalismos sociales y culturales. Su periplo vital, fraguado a base de experiencias heterodoxas, le acercó instintivamente al expresionismo pictórico. De ahí los brotes geniales que podían alcanzar su pintura. La incesante curiosidad de Pau Lau le llevó a conocer el mito dionisiaco del sur, dejando atrás sus raíces germánicas, quizás demasiado racionales para un espíritu excelso que huía cada vez más de la eutrapelia. Primero encontró Villena, en Alicante, después Montefrío, en Granada, o quién sabe, el caso es que Pau Lau comenzó a degustar los placeres mediterráneos, fusionándose con un paisaje y un entorno hedonista que se convirtió en una inagotable fuente de inspiración. En estos escenarios daba rienda suelta a su talento. Los cuadros resultaban vivas representaciones de mujeres bonitas, olivos bíblicos, campos de girasoles, de tierras surcadas por los rayos del sol o la luz evanescente de la luna. Siempre dándole una importancia capital al color, pues como dijo aquel el color es la moustard de la vida. Pau Lau fue un artista al servicio de la naturaleza. El paisaje telúrico ordenaba de alguna manera su desarreglada existencia. Decía que su mayor influencia procedía de la plasticidad de Paul Cézanne, Paul Gauguin y Paul Klee. Ahora hay que añadir otra pe a ese panteón dorado de la pintura. La pe de Pau Lau.



Fotografía de Luis Veloso.

LOS SILENCIOS DE LUIS VELOSO

Las fotos de Luis Veloso parecen extraídas de una novela de Cormac McCarthy, de un relato sobre páramos urbanos donde los escenarios yermos y espectrales encierran océanos de tristeza y melancolía tras una apariencia fría e impersonal.

Luis Veloso pertenece a esa generación de fotógrafos que busca la belleza en los objetos artísticos prosaicos y mundanos, bajando el jarrón veneciano a los callejones oscuros suburbanos y periféricos. Su forma de entender y ver el mundo transita en una difusa frontera que mezcla realismo e idealismo, dos visiones aparentemente antagónicas, contradictorias, pero que en la cámara de Veloso resultan hasta reconciliables. Solo en ese encuentro de caminos uno puede llegar a encontrar luz en lo lúgubre, reflexión en lo anodino, perfección en lo inútil.

La última colección de Luis Veloso se llama Brighton sells what?, que sigue las pautas de Iluminosis y Without Fuel, sus dos trabajos anteriores. En realidad, estos tres álbumes forman parte de un único tríptico cuyas piezas han sido distanciadas en el espacio y en el tiempo. Digamos que comparten el mismo fondo, pero no la forma, como si el narrador nos quisiese contar la misma historia pero en un decorado diferente, como aquel personaje de la película El resplandor que escribía siempre la misma frase pero con distinta tipografía.

Iluminosis era un recorrido sobre las ruinas arqueológicas del siglo XXI, estructuras de hormigón de edificios de nueva construcción arrumbados por la galopante crisis del ladrillo. Without Fuel cambiaba las colmenas unifamiliares por gasolineras y estaciones de servicio de usar y tirar, vestigios de una época dorada cuya presencia decrepita recordaba a la de un barco varado en una playa nuclear. Brighton sells what? mantiene la misma esencia crepuscular, pero con un trazo menos grandilocuente. Luis Veloso capta de nuevo el instante mágico de la soledad, dejando en el espectador cierta sensación de desazón, de malestar, de sueño roto, incluso de resaca, como cuando alguien amanece entre los restos de una fiesta dionisiaca celebrada en una casa inmolada por las libaciones de la noche. Brighton sells what? es el resultado de los innumerables paseos de Luis Veloso por esta villa costera del sur de Inglaterra. Pero lejos de firmar postales turísticas, las imágenes retratan un panorama desolador compuesto por locales comerciales y pequeñas empresas que han colgado el cartel de cierre y no precisamente por vacaciones.

Hay una instantánea que resume sin ambages la nueva colección. Su distribución resulta minimalista, como la de un cuadro de Edward Hopper. En un anochecer cualquiera, el interior luminoso de un negocio desahuciado contrasta con los colores pálidos del entorno. De esta manera emerge de la nada un escaparate que por su fluorescencia parece una pecera vacía y cegadora. La luz aquí se convierte en la principal protagonista, rompiendo los silencios de la imagen a través de una cólera sorda. Quizás en esto resida el secreto de Luis Veloso. En comunicar sutilmente, en buscar los matices, en insinuar más que en demostrar, en suscitar más que en dogmatizar, obligando al espectador a leer entre líneas, a enfocar bien el objetivo para captar los pequeños detalles, que normalmente son los que contienen las claves del discurso. Veloso te ofrece las pistas poco a poco, como si quisiese aportar la solución del acertijo caminando de puntillas.

A fin de cuentas, sus fotografías no son más que una prolongación de su personalidad, la de un observador paciente y minucioso que ve algo de eternidad en los rincones peregrinos, la de un artista que pone su atención donde el común de los mortales no se suele fijar.



Sello de 1981 dedicado al escritor Gabriel Miró

UN ESCRITOR EN EL OLVIDO

Existe una diferencia fundamental entre un profesor y un maestro. El primero imparte la lección apoyándose en los apuntes o en un guión previamente documentado. El segundo, en cambio, hilvana un discurso a pelo, sin partitura, como un bertsolari que trasvasa todo su conocimiento de memoria, invitando a la audiencia a leer entre líneas, a rellenar sesudamente los huecos intencionados que dejan sus enseñanzas.

Miguel Ángel Lozano, catedrático de Literatura Española, es un maestro que huye de los dogmas y el orgullo intelectual, singularidad que le convierte en una rara avis dentro de la docencia universitaria. Se podría decir que su probidad es una cualidad difícil de encontrar en

un gremio repleto de vanidad y presunción.

Miguel Ángel Lozano lleva varias décadas dando clases en la Universidad de Alicante. Allí ha ocupado diversos cargos, especializándose en la literatura de finales del siglo diecinueve y principios del XX. Una de sus debilidades literarias es Gabriel Miró, el escritor alicantino de prosa sensual y mediterránea cuya bibliografía ha sido maltratada por cierta parte de la intelectualidad durante muchos años.

Para situar a Gabriel Miró donde se merece, Miguel Ángel Lozano ha escrito un ensayo sobre este autor que resulta ameno e interesante. La lectura de Los inicios de la obra literaria de Gabriel Miró. Del vivir –así se titula la publicación- es aconsejable tanto para los eruditos en la materia como para el público profano. El estilo de Miguel Ángel Lozano ayuda mucho en este sentido. Su verbo claro, sencillo pero enjundioso, subvierte los tópicos y los cánones académicos de forma sutil.

El ensayo sobre Gabriel Miró guarda muchas sorpresas. De él deducimos que la carrera del autor de El Obispo leproso y Las cerezas del cementerio fue una continua carrera de obstáculos. Miró se movió en vida parejo a la repercusión de sus novelas entre el gran público, es decir como una personalidad tibia, etérea, desapercibida, algo así como un espectro prisionero de esa torre de marfil que es a menudo el arte.

A pesar de su timidez, pues no le gustaba demasiado el escaparate, Gabriel Miró no le rendía pleitesía a los tótems del momento. Especialmente duras e injustas fueron las críticas de Ortega y Gasset sobre la prosa poética de Miró. El filósofo opinaba sobre el literato lo siguiente: A Miró había que leerle haciendo visera con la mano para protegerse del resol. Ortega y Gasset hasta le negaba a Miró su género literario preferido, la novela. La opinión de Lozano al respecto resulta enriquecedora: “Ortega tenía una idea de la novela no muy puesta al día. Y la novela de Miró era muy actual: ya no interesaba tanto la trama, interesaban más las sensaciones, el argumento diluido en el paisaje... Desde luego había bastante resentimiento por parte de Ortega en esta frase. No veía bien que Miró fuera tan individualista, tan a su aire. Edmund King, que era muy detectivesco en sus investigaciones, se fue a la biblioteca de Ortega para ver su ejemplar de El Obispo Leproso, del que Ortega había escrito una crítica. Descubrió que las citas de esta novela que aparecían en la crítica las había recortado del libro con un estilete. En decir, una agresión a la novela en toda regla, tanto literal como metafórica”. El propósito de Lozano con el ensayo es arrojar luz sobre un literato al que el cartel de exquisito y esteta le supuso más una losa que un acicate. Sobre este prejuicio, Lozano no tiene dudas: “Aquí se tiene una mirada muy manicorta sobre la estética. Se vincula este concepto a una cosa bonita, preciosista, y no con lo que contiene en sí la belleza, pues la belleza es algo que nos sobrepasa. Una de las características esenciales del ser humano es su pasión por la belleza. Y captarla es realmente difícil, se necesita la palabra justa, que es lo que hacía Miró. Dentro de ese debate sobre la importancia de la forma y el fondo, los estetas, los formalistas, siempre han sido considerados secundarios. Pero a día de hoy ese debate quedó atrás”. La parte principal del ensayo se centra en la obra literaria que sirvió de punto de inflexión en la estética mironiana. Del Vivir marcó un antes y un después en Gabriel Miró. Según Lozano, el escritor alicantino comienza a entender que la literatura no es contar una historia, sino una manera de contar la vida. Lozano sostiene con brillantez la hipótesis que la creación de Del vivir fue sugerida tras la lectura de Azorín, un escritor sin embargo de reconocido prestigio, pero que al que también muy pocos leen.

IGNACIO ALTED